

PRIMERA PARTE
DE LA
DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMAPRIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Christus resurrexit à mortuis.
Cristo ha resucitado de entre los muertos.
I Cor. Cap. XV, v. 20.

1 En quinto artículo del Credo, amados hijos, cuya primera parte os expliqué ya en mi precedente instrucción, termina con estas palabras: "Al tercero día resucitó de entre muertos." *tertia die resurrexit à mortuis.* He aquí un hecho que vino á poner la última consumación á la carrera del Mesías en la tierra. Si con su muerte había consumado la obra de la redención del mundo, necesitaba resucitar para que todos conociesen que el que había nacido en el establo de Betlehem, vivido una vida retirada y oculta, sometíase á la lei de la penitencia, predicado una doctrina de abnegacion, padecido tormentos horribles, escarnios inauditos, aparecido como reo en los tribunales de Jerusalem hasta ser sentenciado á muerte de cruz, portado ésta sobre sus hombros hasta el lugar en que no se la quitarían sino para clavarle de piés y manos en ella, muerto entre los mayores dolores, hecho el blanco de la furiosa rabia de los judíos, y bajado finalmente al sepulcro, era, no solamente un hombre, sino un verdadero Dios. De este gran suceso se hallaban pendientes las profecías y figuras de la antigua Lei, para mostrar su divina verdad á toda luz, la expectativa de los apóstoles para consolidarse en la fe del Mesías, y la razon del mundo para inclinarse dócil ante los arcanos augustos de un Dios crucificado. Era este suceso la esplendente luz, que reflejándose sobre la Lei antigua y la Lei nueva, las mostraria despues á la faz del Universo en su misteriosa correspondencia y maravillosa concordia, rompería los sellos para que fuesen debidamente conocidas las Escrituras Santas, haría salir el sol de la verdad eterna de entre las tinieblas del sepulcro, y del cuerpo muerto del Redentor la virtud omnipotente de

la vida. Resucitado Jesucristo, no queda ya ni hecho ninguno por confirmar, ni verdad ninguna por conocer, ni misterio alguno por ilustrar, ni virtud ninguna por consolidar: la fe se afirma, la esperanza se robustece, la caridad se forma y encumbra: cúmplense las profecías, muéstrase á plena luz la sublime realidad que figuraban las antiguas representaciones, y aparece mas espléndida que el sol aquella libertad suprema con que Jesucristo dejó su vida, para volverla luego á recobrar por su propia virtud, como lo anunciaba á sus discípulos.

2 Por esto el Santo Job, aunque representaba en sus inmensos dolores y abandono universal y completa ruina los padecimientos y trabajos de Jesus, le contemplaba sin embargo como vivo, y se regocijaba viéndose á su turno resucitar del seno de la tierra: por esto Isaías muestra el sepulcro de Jesucristo inundado en los esplendores de la gloria: por esto Oséas narra proféticamente que el que muriese por el mundo, sería la destrucción de la muerte; y por esto los apóstoles y evangelistas, los doctores insignes que mas resplandecieron en santidad y virtud, los esclarecidos apologistas del cristianismo y la Iglesia toda levantan el edificio de la religion y de la moral cristiana sobre esta verdad, probada en todos los criterios, resplandeciente con todas las luces de la evidencia y de la fe: "Cristo resucitó de entre los muertos." *Christus resurrexit à mortuis.*

3 Aunque la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo puede ser considerada, ya en la certidumbre natural que de ella tenemos por solo las luces de la razon, ya como un objeto de nuestra fe; no me ocuparé sin embargo en demostraros el hecho: porque teniendo ya demostrada con argumentos de razon la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo en mi última instrucción preliminar, y caracterizada la prueba histórica de su Resurreccion milagrosa, ponderando la importancia é infalibilidad completa de los testimonios que la comprueban, debo dedicarme preferentemente á explicaros la doctrina dogmática y moral de la Iglesia sobre este dogma de nuestra fe. Para conducirlos pues con el debido método al conocimiento dogmático y moral de tan alto misterio, comenzaré manifestando su carácter, partiré de aquí á instruiros debidamente sobre su objeto, y terminaré mi presente instrucción poniendo á vuestra vista sus maravillosos efectos.

I.

4. El apóstol San Pablo, caracteriza muy bien este misterio en los versículos 21, 22 y 23 del capítulo XV de su primera Epístola á los Corintios: porque bien meditados los altos conceptos que aquí se enuncian, pueden ser vistos como la gran sinópsis de la doctrina dogmática de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo. Oídle: "Cristo ha resucitado de entre los muertos y ha venido á ser como las primicias de los difuntos; porque así como por un hombre vino la muerte al mundo, por un hombre debe venir también la resurreccion de los muertos. Y así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados."

5. Mas, ¿por qué causa es considerado aquí nuestro Señor Jesucristo, en el misterio de su Resurreccion, como las primicias de los difuntos? ¿Fue por ventura el primero que había resucitado? ¿No había él mismo hecho volver á la vida, no solo á su amigo Lázaro, sino también á otros, con el poder irresistible de su palabra? ¿Cómo pues enten-

der esto? Hai dos especies de resurrecciones, hijos míos: una imperfecta y transitoria, y otra perfecta y eterna. Las dos tienen de común el hecho simple de volver un muerto á la vida; pero este regreso en ambas es tan diverso como no podía serlo más: en la resurrección imperfecta el muerto vuelve á la vida, pero lo mismo que nace el hombre, esto es: si el hombre nace para morir; el que una vez muerto resucita, vive de nuevo para volver á morir. Así, todos los que fueron resucitados por Jesucristo, ya inmediatamente por su palabra, ya por el poder que á sus siervos habia comunicado, volvieron á morir: murió Lázaro, murió la hija de la viuda de Naim, murieron todos los resucitados del Evangelio y cuantos otros han vuelto á la vida de un modo milagroso. Mas la resurrección perfecta es otra cosa: en ella se vuelve á vivir para no morir nunca; y en este caso bien comprenderéis que, no habiendo habido ántes de Jesucristo quien resucitase para no morir, él es, y no dejará de ser nunca, en todo el rigor de la palabra, el primer resucitado, y pudo por lo mismo llamársele por los apóstoles y predicársele por la Iglesia "el primogénito de los muertos, las primicias de los difuntos:" *primogenitus mortuorum, "primicia dormientium.* Por esto el apóstol San Pablo, escribiendo á los fieles de Roma, "les decia (VI, 9.) que "Cristo, resucitado de entre los muertos, no muere ya otra vez;" y que "la muerte no tendrá ya dominio sobre él;" y por esto nuestro manual Catecismo, preguntando: "¿Cómo resucitó? responde: "Tomándose á juntar su cuerpo y alma gloriosa, ya para nunca mas morir."

6. Mas no nos detengamos aquí; que Jesucristo resucitase para no volver á morir, es un hecho incontestable; pero este hecho, no excluyendo, como no excluye, la posibilidad de otras resurrecciones perfectas, da es verdad á la suya un carácter de primicia; pero no una absoluta singularidad. La Resurrección de Jesucristo sería la primera, pero no la única, puesto que despues de ella y en consecuencia de ella se obrará la resurrección de la carne, como nos lo enseña el dogma católico, y esta resurrección será tambien para nunca mas morir. Es pues necesario detenernos todavía más en la Resurrección de Jesucristo vida nuestra, para buscar en ella lo que la es tan propio y único, que ni tuvo tipo, ni tendrá jamas imitación: llegar aquí es tener frente á frente lo mas intrínseco y esencial del misterio.

7. La palabra *resucitar*, cuyo sentido en el uso común y ordinario del idioma expresa el simple hecho de que quien ha muerto vuelve á la vida, tiene, respecto de nuestro Señor Jesucristo, una significación singularísima y esencialmente única. Usado este verbo como intransitivo, digámoslo así, esto es: como la expresión de un simple hecho ó estado, como cuando se dice: vive, muere, llueve, &c., bien puede convenir á todos aquellos que vuelven á la vida por el solo querer de la voluntad omnipotente; pero usado, hijos míos, como activo, es decir, añadiendo á la significación de estado la significación de acción, no puede convenir mas que al Hombre-Dios. Cualquiera que haya resucitado puede decir: "resucité;" pero ninguno puede decir: "me resucité;" esto es propio y exclusivo de Jesucristo. La resurrección en el hombre no es mas que un efecto cuya causa está en la voluntad divina; mas la Resurrección en Cristo es obra de él mismo, obra de su querer y libre voluntad, obra de su divino poder, hecho propio en todas sus partes; pues resucita, no por razon extraña, sino por su propia virtud. Nadie

resucitó á Cristo, sino él fué quien se resucitó á sí mismo. Lázaro resucitó, porque le resucitó Cristo; la hija de la viuda de Naim resucitó, porque la resucitó Cristo; resucitaron los otros muertos, porque les resucitó Cristo; resucitarán nuestros cuerpos el día del juicio, porque les resucitará Cristo: mas Cristo resucita, porque quiere, pues por él han sido hechas todas las cosas, y sin él nada se ha hecho de cuanto existe: volvió á la vida, porque en él estaba la vida, volvió, no en cuanto Dios, porque Dios no muere, sino solo en cuanto hombre; y volvió en cuanto hombre á la luz, porque su vida era la luz de los hombres.

8. Esta verdad, hijos míos, ha sido tan bien inculcada en las Sagradas Letras, que no solamente la vemos anunciada por los profetas, sino enseñada por el mismo Jesucristo, ya en términos claros y precisos, ya con significativas alusiones, en imágenes parabólicas. Mostrándose una vez á sus discípulos como el buen Pastor, haciendo consistir esta bondad en el conocimiento recíproco del Pastor y las ovejas y en el celo por cuidarlas hasta dar la vida por ellas, dice: que "él conoce á sus ovejas, que "éstas le conocen á él, y que da su vida por sus propias ovejas," y luego añade: "Doi mi vida para tomarla otra vez." *Ego pono animam meam, ut iterum sumam eam.* ¿Qué cosa mas expresa queréis! ¿Quién de todos los nacidos ó venideros hombres podría decir nunca sin mentirse á sí mismo: "yo doí mi vida para volverla á tomar?" Ninguno ciertamente. Ved pues, aquí muy caracterizadas á un tiempo mismo, en su causa moral, así la muerte como la Resurrección del Mesías; y ved igualmente cómo esta Resurrección debía verificarse por la propia virtud de Jesucristo. Y anduvo este Divino Maestro con tanta solícitud para condenar las puertas del error, y no dejarle ni el mas leve resquicio por donde introducirse, que procedió luego á explicar este concepto, diciendo de su vida: "Nadie me la arranca, sino que yo la doí de mi propia voluntad;" y como ya hubiese dicho que la daba para volverla á tomar, pasa luego á establecer el principio fundamental que todo lo abraza y con el cual todo se explica, señalando como causa de ambos portentos su propia y divina virtud: aludiendo á su vida, y para concluir dice terminantemente: "Dueño soi de darla y dueño de recobrarla:" *potestatem habeo ponendi eam: et potestatem habeo iterum sumendi eam.* Jesucristo aquí, amados hijos, habla en términos que nada dejan ya que replicar; se presenta con derecho de dominio sobre su vida. Y ¿quién, fuera de Dios, puede presentarse con semejante derecho? El dominio de la vida sigue á la esencia del ser, y por tanto solo el ser necesario, el Ser por esencia, el Ser eterno, solo Aquel que dijo enfáticamente á Moisés: "Yo soi el que soi," podía mostrarse, ya como Dios y hombre, con derecho de dominio sobre su vida, para dejarla y volverla despues á tomar. Luego si Jesucristo tiene este derecho, Jesucristo es Dios; y viceversa, si Jesucristo es Dios, Jesucristo tiene este derecho: luego si en uso de tal derecho muere como hombre; en uso del propio derecho resucitará tambien: luego la Resurrección de Cristo es obra de su propia virtud, como él mismo lo predicaba.

9. ¿Qué dirémos pues, cuando las Santas Escrituras dicen que Cristo fué resucitado por el Padre? ¿concluirémos de aquí, por ventura, que Cristo no resucitó por su propia virtud? De ninguna manera, hijos míos: Cristo resucitó por su propia virtud, y

este es un dogma católico. ¿Cómo convenir pues, dos cosas al parecer tan contrarias? Diciendo y entendiendo que en estos casos las Sagradas Letras hablan de Cristo, no en cuanto Dios, sino solo en cuanto hombre. Jesucristo, como bien sabéis, es Dios y hombre verdadero, y por lo mismo, ya en su lenguaje ya en lo que de él hablan las Escrituras, hallamos á cada paso esta diversidad de conceptos correspondiente á la de naturalezas. Siempre que Jesucristo aparece como paciente, sumiso y obediente, ha de entenderse de su Santa Humanidad; pues en cuanto Dios no puede ser paciente, porque es esencialmente impasible; ni sumiso, pues por esencia es independiente; ni obediente, pues por esencia es soberano y Legislador Supremo de los cielos y la tierra.

10. Luego la virtud que tuvo Cristo para resucitarse á sí mismo y que nadie, fuera de él podía tener, corresponde, no á su Santa Humanidad, sino únicamente á su Divinidad: Jesucristo resucitó solo en cuanto hombre; mas resucitó por su propia virtud, solo por ser Dios: este es el dogma. Entendedle bien, y fácilmente comprenderéis cómo así en el cuerpo de Jesucristo cuando estaba en el sepulcro, como en su alma, mientras de su cuerpo estuvo separada, residía una virtud omnipotente, una virtud eficazísima para resucitar. Esto es claro; porque si tal virtud residía solo en la Divinidad y residía esencialmente, visto es que, donde estaba la Divinidad estaba la virtud para resucitar: si pues la Divinidad estaba en su cuerpo en el sepulcro, pues como ya os lo tengo explicado, su cuerpo estuvo en el sepulcro unido con ella, claro es que en fuerza de esta union hipostática tenía el cuerpo de Cristo en el sepulcro virtud para resucitar: del mismo modo, si como ya tambien lo sabéis, el alma de Cristo, al separarse de su cuerpo cuando murió, quedó unida tambien con la misma Divinidad, evidentísimo es que por lei de la union hipostática tenía el alma de Cristo virtud para volverse á unir con su cuerpo y hacerle resucitar.

11. ¿Y qué hemos de entender, me diréis, de la circunstancia que se refiere al tiempo de la Resurreccion de Cristo? El Símbolo nos dice "que resucitó al tercero día:" ¿quiero decir esto que su cuerpo duró tres dias íntegros en el sepulcro? No, hijos míos: no es lo mismo decir: resucitó despues de tres dias, que: resucitó al tercero día: lo primero supone que Cristo estuvo en el sepulcro tres dias íntegros, es decir, setenta y dos horas; mas lo segundo solo indica que en un dia murió, que todo el dia siguiente permaneció en el sepulcro y que en el siguiente resucitó. Para que esta locucion sea verdadera y exacta, no es necesario que haya estado tres dias íntegros en el sepulcro; basta que haya estado uno cabal ya muerto y sin resucitar; basta que la muerte haya precedido al principio de este dia íntegro, y que la resurreccion haya seguido á su fin con alguna mediacion de tiempo por corta que fuese; y como esto podia verificarse, muriendo al fin del primer dia y resucitando al principio del tercero, y sucediendo así podia decirse muy bien que resucitó al tercero dia, sin que por esto hubiese permanecido tres dias íntegros en el sepulcro, ya veréis lo que hemos de entender en estas palabras de nuestro Símbolo: *resucitó al tercero día de entre los muertos.*

12. ¿Y por qué Jesucristo, me diréis, no quiso resucitar ántes ni despues del tiempo mencionado? Porque resucitando ántes, el intervalo habria sido tan corto, que habiera dado márgen á muchos para negar la verdad de su muerte, y tal error habria in-

fluído mucho contra el intento de la Resurreccion, que era, como bien sabéis, mostrar espléndidamente y para bien de todos los hombres, que el que habia muerto era un verdadero Dios. Si aun con esta circunstancia de los tres dias hubo herejes que se atreviesen á negar la muerte de nuestro Redentor, ¿qué habria sucedido si hubiese resucitado al instante ó con muy breve trascurso de tiempo? En cuanto á lo segundo, el motivo se manifiesta desde luego: Jesucristo Señor nuestro, que murió por nosotros los hombres, resucitó tambien por nosotros los hombres, es decir: para nuestra utilidad y aprovechamiento: su Resurreccion debia presentarse como la prueba suprema de su Divinidad, reflejando sobre su vida, Pasion y muerte los esplendores purísimos del Verbo eterno. Entónces deberia comenzar á florecer y fructificar la semilla de su doctrina, de sus ejemplos y de su sacrificio entre los hombres, y por tanto convenia mucho á tan sabio plan y elevado intento el no dilatar aquel fecundísimo suceso mas tiempo que el absolutamente preciso para dejar sólidamente sentada la verdad de su muerte y atraernos despues con el milagro de su Resurreccion á su Persona como al Arbitro y Supremo Dispensador de la vida.

13. Si á mas de lo dicho quisiésemos buscar nuevas luces acerca de esta circunstancia, podria decirnos que así debia ser, para que fuesen cumplidas en todas sus partes las profecías, pues la Resurreccion de Cristo habia sido predicha por los Profetas, como sabéis. Ya os he hablado de David, cuando señalaba la diestra y el santo brazo de la Divinidad como preparado para resucitar al Mesías, y tambien cuando representándole como ya muerto, decia, dirigiéndose á Dios: "No permitirás que tu santo experimente la corrupcion. Oséas dijo tambien, aludiendo á Cristo: (VI, 3 y 4.) "Nos dará la vida despues de dos dias; al tercero nos resucitará." Jonás, como ya os lo he manifestado en una de mis precedentes instrucciones, es una figura profética del Mesías muerto, sepultado y resucitado al tercero dia; y esta figura del Redentor tiene tal carácter de verdad, que el mismo Jesucristo la explicó en este sentido, como leemos en el capítulo XII, versículo 40 de San Matéo en estas palabras que dirigió á sus discípulos: "Así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres dias y tres noches, así el Hijo del Hombre estará tres dias y tres noches en el seno de la tierra." Ved pues cuánto importaba la precision absoluta de semejante circunstancia para el puntualísimo y exacto cumplimiento de las profecías. Pudiera tambien, remontándome á mas alta region, columbrar algunas otras relaciones misteriosas; pero baste lo dicho para dar término á esta primera parte, donde solo he querido explicaros el carácter de este misterio, y pasar á considerar la Resurreccion del Salvador en todo lo concerniente á su objeto.

II.

14. Ya entendamos, hijos míos, por objeto de la Resurreccion el término sobre que recayeron ó donde finalizaron los actos de nuestro Señor Jesucristo en la mision que le trajo á la tierra, ya el inmediato fin que se propuso al resucitar por su propia virtud, ya el intento á donde quiso dirigir y encaminar la ejecución de tan asombroso milagro, podemos y debemos decir que Jesucristo Señor nuestro resucitó precisamente para una

cosa: ¡cuál! para la consumacion plenísima de la grande obra que vino á cumplir en la tierra, cual era el rescatarnos de la esclavitud del demonio pagando á Dios la deuda infinita del pecado, tornarnos á la vida de la gracia y prepararnos al goce de la gloria. Ya os he dicho, y bien sabido lo tenéis, que padeció y murió por nosotros, que al exhalar el último suspiro quedó enteramente consumada la obra de la redencion, como él mismo tuvo cuidado de anunciarlo con aquella palabra que pronunció en alta voz inmediatamente ántes de entregar su espíritu, é hizo estremecer al Universo: "Todo está consumado." *Consumatum est.* Pero si esto es así, podriais decirme, si todo habia sido ya consumado, ¿cómo entender esto de que, sin embargo, quedaba todo pendiente de una última consumacion que llevase las cosas á la mas perfecta plenitud? Jesucristo, hijos míos, habló de la consumacion de la obra dolorosa y penosa, de su carrera de humillaciones y padecimientos, de la satisfaccion á la justicia de su Padre por el pecado, de la Redencion de todos los hombres, y de todo aquello que estaba pendiente de su Pasion para tocar á su magnífica realidad; mas no por esto quedó ni plenamente consumada la obra de la justicia, ni plenamente consumada la institucion de la fe. Ved cómo, aunque satisfecha la Justicia Divina por el pecado, redimido el hombre y concluida la Pasion, quedaba todavía pendiente una consumacion de justicia para Dios, una consumacion de plenitud para Jesucristo, una consumacion de fuerza para la fe viva del género humano. Expliquémonos.

15. ¿Por qué, estando satisfecha ya y superabundantemente la justicia del Padre con el sacrificio del Hijo, era necesario que éste resucitase para que hubiese una consumacion de justicia por parte de Dios? Porque la justicia, hijos míos, no solamente castiga sino tambien premia, y el concierto de ambas cosas en la sabiduría y en la bondad constituyen su esencia y perfeccion: una justicia que solo premiase no seria justicia, pues careceria de accion para conservar el órden reprimiendo el desórden: una justicia que castigase y no premiase, tampoco seria justicia, porque dejaria á la virtud sin recompensa, lo cual seria una falta manifiesta de equidad. Siendo pues la justicia de Dios divina, esencial, perfecta, clarísimo es que, si por una parte habia castigado los pecados del mundo sometiendo al Hombre-Dios á tan dolorosa Pasion, y mediante esta paga tan superabundante habia perdonado á la humanidad y reconciliádose con ella, quedábala todavía que otorgar á la virtud infinita de la víctima pura, inocente, santa, que voluntariamente se sacrificó por los hombres, una recompensa plena y cumplida. Cuando Jesucristo al morir dijo: *consumatum est*, enseñó clarísimamente que todo se habia concluido por su parte para la salud del mundo; mas como esta era la voz de la víctima, y no la del Sacrificador, no la del Eterno Juez, para que éste pudiese decir á su turno: "todo está consumado," necesitaba sin duda alguna corresponder al acto sublime de tan inmenso sacrificio, con una recompensa digna y proporcionada en todo al merecimiento. ¿Qué recompensa dar al que voluntariamente muere para salvar al mundo? Hacer que resucite por su propia virtud: esta Resurreccion en la esfera del poder es tan grande, hijos míos, como la Pasion misma en la categoría del merecimiento; pues nada puede compararse mejor con la Pasion de Cristo por su magnitud, como la Resurreccion de Cristo por su poder. Ved pues, cómo ésta fué en primer lugar

una consumacion de justicia para Dios, que castiga el pecado con una pena de merecimiento infinito, y recompensa este merecimiento con un premio de infinito valor. Ved aquí los dos extremos, el uno de oprobio y el otro de gloria que, como mérito y recompensa, presentaba en la persona de Jesucristo á los Filipenses en el capítulo II de su Epístola, versículos 6, 7, 8 y 9, el apóstol San Pablo: "Teniendo nuestro Señor Jesucristo, dice, la naturaleza de Dios....., se anonadó á sí mismo sin embargo, tomando la forma de siervo, hecho semejante á los demas hombres y reducido á la condicion de hombre. Se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. Por lo cual tambien Dios le ensalzó y le dió nombre superior á todo nombre: á fin de que..... toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre."

16. Ved pues aquí un prodigio de humillaciones por parte de Jesucristo para satisfacer á su Padre, y un prodigio de magnificencia infinita de parte del Padre para recompensar las humillaciones del Hijo. Si éste, revistándose de nuestra naturaleza, humilla su Divinidad á la faz de los cielos y la tierra, echa sobre sí todos los pecados del mundo y se somete á una obediencia sin límites hasta la muerte y muerte de cruz; y el Padre pondrá muy luego todas las cosas en claro, haciendo aparecer á su Unigénito, aun ántes que abandone la tierra, con todos los esplendores de su propia gloria. ¡Qué palabra, hijos míos! ¿Quién es capaz de sondear todo su sentido? ¿de quién podia decirse, si no de Cristo verdadero Dios y Hombre, que "está en la gloria del Padre?" Reunid en un punto los coros de los ángeles, la galería de todos los inocentes que pasaron por el mundo sin conocerle y sin sentirle hasta llegar al cielo, el cuerpo de los apóstoles; el de los mártires y confesores, el de las vírgenes y santas mujeres, en fin, á todos los justos de la antigua y de la nueva Lei; ¿encontraréis, por ventura, uno solo de quien pueda esencialmente decirse que *está en la gloria del Padre*? No, hijos míos, no: ellos, como bienaventurados que son, poseen la verdadera y eterna felicidad; ven cara á cara, digámoslo así, al Dios que siempre buscaron en su vida mortal, y embriagados en las delicias de su amor, gozan de él por los siglos de los siglos; pero de ninguno ni de todos juntos puede decirse que están en la gloria del Padre, como lo está Jesucristo Unigénito suyo ya por su naturaleza divina, ya por los merecimientos infinitos de su Santa Humanidad. Pues bien: el Padre celestial quiso que este modo de ser de su Unigénito se manifestase cumplidamente en la tierra con caracteres tan espléndidos, que todo ojo le viese colocado por su propia virtud en la gloria de su Padre, y esto se verificó maravillosamente mediante la Resurreccion gloriosísima de Jesucristo ya para nunca mas morir. De esta suerte tocó á su infinita plenitud la obra de la justicia eterna, castigando al Hijo inocente por los pecados del mundo, y recompensando este sacrificio espontáneo de infinita valía con la gloria inefable de la Resurreccion.

17. He dicho en segundo lugar que esta fué una consumacion de plenitud para el misterio mismo de la Pasion, y voi á demostrarlo. Como Jesucristo Señor nuestro padeció, no por causa de sí ni para sí, es decir: no porque tuviese necesidad de padecer ni para pagar deuda suya, ni para conseguir algun bien de que careciese; sino precisamente por causa de nosotros los hombres y para nuestra eterna salud, como nos lo

enseña el Símbolo de Nicea, debemos fijarnos aquí para estudiar aquel infinito Sacrificio y conocer al mismo tiempo lo que de suyo exigía para su mas cumplida perfeccion. Ahora bien: Jesucristo padeció, no solamente por nosotros, sino tambien para nosotros: muéstrase padeciendo por nosotros cuando paga la deuda de nuestras culpas, habiendo sido éstas, como ya os lo tengo explicado, la causa ocasional de su Sacrificio: muéstrase padeciendo para nosotros, cuando quiere además que seamos los herederos de su reino. Pagar, hijos míos, no es merecer, pagar es pagar; y por lo mismo, si Jesucristo, limitándose á esto solo, no hubiese querido pasar de aquí, habria padecido por nosotros satisfaciendo nuestra deuda, mas no para nosotros agraciándonos con el tesoro infinito de sus merecimientos. Quiso el Señor empero, no solo pagar nuestra deuda con su Pasion y muerte, sino tambien asociarnos á su gloria, resucitando para nosotros. Esto hizo decir al Apóstol en el último versículo, capítulo IV de la Epístola que dirigió á los Romanos, que Jesucristo Señor nuestro "fué entregado á la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificacion;" y por esto advierte muy á propósito con su acostumbrada sabiduría el Catecismo romano que, "para que nada faltase á la salud del linaje humano, así como convino que muriese, así tambien convino que resucitase." Ved pues, cómo la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, que para el Padre fué una consumacion de justicia, fué tambien para el Sacrificio del Hijo una consumacion de plenitud perfecta.

18. Mas para que nosotros pudiésemos aprovechar así la paga como la recompensa, y nos fuese del todo provechosa la Encarnacion del Verbo, la vida y muerte de Jesucristo, era necesario que diésemos gloria á su Nombre, creyendo en él, es decir: reconociendo y confesando su Divinidad; esperando en él, es decir: teniendo una seguridad plena de ser asociados á su gloria; viviendo en él, es decir: amándole, obedeciéndolo, imitándole: lo primero, porque sin la fe nadie será reconocido de Cristo; lo segundo, porque sin la esperanza nadie puede aprovechar los merecimientos de Cristo; lo tercero, porque sin la caridad, que consiste, como bien sabéis, en el cumplimiento exacto de sus preceptos, nadie puede entrar en la vida eterna, como él mismo nos lo enseñó. Pues bien, hijos míos; si la vida y muerte del Redentor del mundo habian instituido ya estas tres virtudes en la tierra; si su doctrina fué una manifestacion de la Sabiduría infinita; su vida una manifestacion de la Santidad infinita, su Pasion y muerte una triple manifestacion de la justicia de un Dios que castiga, de la misericordia de un Dios que perdona, y de la bondad suma de un Dios que siempre concierta en sus obras la felicidad de sus criaturas con su propia gloria; todo esto, que descansaba sobre la fe, demandaba para extender, consolidar y perpetuar sus efectos en el mundo, una manifestacion espléndida y gloriosa que hiciese reconocer en Jesus muerto y sepultado, al Verbo Eterno, al Unigénito del Padre, á un verdadero Dios. ¿Y esto solo no está mostrando ya claramente la importancia de la Resurreccion de Jesucristo, como una consumacion de fuerza para la conservacion y perpetuidad de la religion cristiana en el mundo? Si ésta monta, como bien lo sabéis, en la fe católica, ¿no era muy necesario que muestra fe hubiese tenido la magnífica é irresistible prueba de la Resurreccion de Cristo? Este Divino Maestro habia dicho: "El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán nun-

ca." habia dicho tambien, después de inculcar la necesidad de su Pasion, que el Hijo del Hombre, es decir, él mismo, habia de resucitar al tercero dia. He aquí el fundamento de la fe con sus dos caracteres esenciales, la infalibilidad y la prueba del oráculo: con lo primero entendemos que la palabra de Dios es infalible; de lo segundo, una vez anunciado, quedó pendiente la fe del Universo, para reconocer la palabra de Dios en la doctrina de Cristo. Luego la Resurreccion de Jesucristo era, en tercer lugar, una plenitud de fuerza para nuestra fe.

19. Mas no solo vino á comprobar plénisimamente la fe, sino á robustecer nuestra esperanza; pues con el mismo fundamento con que creemos el dogma, debemos esperar la promesa: y si éste que resucita es el que se habia mostrado con los caracteres mas dulces y mas tiernos como el amigo de la virtud, como el Padre de los que lloran y padecen, como el gran Libertador de la humanidad aprisionada por el demonio; su Resurreccion dió tambien á la caridad una nueva y muy vigorosa vida. El mismo que, para tranquilizar á sus discípulos les habia dicho: "Pues creéis en Dios, creed tambien en mí," añadió incontinenti, segun leemos al principio del capítulo XIV de San Juan: "En la casa de mi Padre hai muchas habitaciones... yo voy á preparar lugar para vosotros. Cuando yo habré ido, y os habré preparado lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, estéis tambien vosotros. He aquí la esperanza cristiana considerada en su fin. ¿Qué os diré de los medios que la sostienen? Jesucristo, hijos míos, nos les proporciona muy abundantes y eficacísimos: en primer lugar, manifestándose como el camino, la verdad y la vida; en segundo asegurando que el que guardare sus preceptos permanecerá en su amor; en tercero, diciendo que el que permanece en él y guarda fielmente sus palabras, pedirá lo que quisiere y se le otorgará. Esto era ya mucho, no solo para formar la esperanza, sino tambien para encendernos en el fuego del amor; pero cual si nada hubiese dicho, precisa todavía el paso, del precepto al sentimiento, de la conducta á la felicidad, y rompe los últimos velos, para manifestar cuán estrecha era la union que tendria con aquellos que le reconociesen, confesasen y obedeciesen. Habia llamado *hijos* á sus discípulos; mas como si quisiese borrar todas las líneas, busca en la region de los sentimientos uno que parezca igualar enteramente dos objetos que se aman, busca en los efectos de estas relaciones lo que tienen de mas íntimo, y se decide por la amistad con sus mas puras é inefables expansiones: "Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando, les dice: ya no os llamaré siervos; pues el siervo no es sabedor de lo que hace su amo: mas á vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho saber muchas cosas que yo os he enseñado." *Joann. XV, 14 y 15.*

20. Tales eran las luces, las aspiraciones y los afectos con que habia preparado Jesucristo el ánimo de sus apóstoles para el gran misterio de sus humillaciones y su muerte. ¿Qué habria sido, pregunto yo, de todo esto, si viéndole bajar al sepulcro, no le hubiesen visto resucitado? No lo sé; pero si atendemos al diverso carácter con que se mostraron los apóstoles y discípulos del Salvador antes de su muerte, y después que, ya resucitado y subido á los cielos, envió sobre ellos á su Divino Espíritu en cumplimiento de las promesas repetidas que les habia hecho de enviárselos para que les abriesen los tesoros de sus Donos divinos, y consideramos que el fundamento del segundo ca-

rácter está en la Resurreccion, fácilmente conoceremos que con ésta se propuso el Salvador afirmar las tres virtudes dichas en cuantos le perteneciesen por la fe y aguardasen sus promesas, y le siguiesen como el sumo bien. Ved, hijos míos, el diverso carácter de estas tres virtudes en las dos épocas mencionadas, y no necesitaréis de otra cosa, que de compararlas en estos dos estados, para reconocer que su plenitud y firmeza se hallaban pendientes de la Resurreccion. Antes de ésta, los apóstoles creían, esperaban y amaban tambien; pero ¿de qué modo y en qué grado? ¿quién olvidará cuánta era la flaqueza de su fe, la debilidad de su esperanza y la imperfeccion de su amor? Mas, despues de resucitado Cristo, ¿qué sucedió? Abrid la historia, comenzando por el Libro de los Hechos apostólicos: ved á los discípulos del Redentor derramar una doctrina divina por el mundo, desafiar con su fe á todos los poderes de la tierra, poner su confianza toda en la Cruz del Salvador, morir heroicamente para dar testimonio á la Divinidad del que predicán, á la gloria que esperan y al amor cristiano de que viven: ved á todos los mártires, ved á los confesores y penitentes ilustres, ved á las vírgenes renunciando al mundo y á las conexiones mas lícitas de la sangre, para darse todas á Cristo en la soledad de los claustros. He aquí la obra de la Resurreccion de Jesucristo; he aquí la prueba de que, si ella era para el Padre una consumacion de justicia, y para el Hijo una consumacion gloriosa de perfecta plenitud; fué tambien para la humanidad redimida una consumacion de luz y de fuerza para su fe, su esperanza y amor.

III.

21. Tales son, amados hijos, los grandes objetos de este augusto misterio; mas no debe pararse aquí nuestra consideracion, sino pasar adelante; pues con solo fijarla en los efectos de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, harémos un adelanto prodigioso, viendo cómo toda ella es una fuente inagotable de beneficios para la humanidad. Desde el acto mismo de resucitar el Señor, se manifestó la grandeza de Dios en el tamaño de la recompensa, la gloria del Mesías en el esplendor con que apareció, y la dicha de la humanidad en aquellas almas que recibieron entónces, con la salida de su dilatado cautiverio, la recompensa de su fe y la corona de su esperanza. Cristo resucitado libra nuestro cuerpo de reducirse á la nada en el sepulcro, le otorga las dotes del suyo, las dotes bellísimas de gloria, funda nuestra resurreccion espiritual por medio del Bautismo, nos da un acabado tipo de resurreccion moral á la vida de su gracia, y nos traza un sendero rectísimo á la posesion de su reino. Veamos pues en el desenvolvimiento de estas grandes ideas cuán fecunda fué para nosotros la Resurreccion triunfante del Mesías.

22. ¿El hombre, hijos míos, es miembro del Cuerpo místico de Cristo? Sí. Siendo miembro del Cuerpo místico de Cristo, ¿quedará condenado para siempre á la muerte y corrupcion del sepulcro? No. Luego si resucita la cabeza, resucitarán tambien los miembros: si resucitó Cristo, resucitaremos tambien nosotros. ¿Qué consecuencia! ¿qué dogma tan consolador! Murió Cristo; pero la muerte quedó vencida, quedó clavada en la Cruz: bajará el hombre á la tumba; mas no estará en ella para siempre. Oid, empero, esta consoladora doctrina de la boca misma de San Pablo: “Si se predica á Cristo como resu-

“citado de entre los muertos, dice, ¿cómo es que algunos de vosotros andan diciendo que no hai resurreccion de muertos?” (I Cor.) Sin duda alguna que los que tal error propalaban, proponían por fundamento una especie de imposibilidad, hallando incompatible la muerte que destruye al cuerpo, con la resurreccion que le vuelve otra vez á la vida; y por esto el Apóstol, queriendo hacerles sentir todo el absurdo de semejante suposicion, les arguye con su propia fe, que confesaba á Jesucristo resucitado, manifestándoles que destruían con aquel decir lo mismo que confesaban con su fe, nulificando de esta suerte la misma predicacion evangélica. “Si no hai resurreccion de muertos, añade, tampoco “resucitó Cristo. Mas si Cristo no resucitó, es por consiguiente vana nuestra predicacion, y vana tambien vuestra fe: somos convencidos, á mas de esto, de testigos falsos, “por cuanto hemos testificado contra Dios, diciendo que resucitó á Cristo, al cual no ha “resucitado si los muertos no resucitan. Y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, “pues todavía estáis en vuestros pecados.” Pero no, “Cristo ha resucitado de entre los “muertos; y ha venido á ser las primicias de los difuntos. Porque, así como por “un hombre vino la muerte al mundo, así por un hombre debe tambien venir “la resurreccion de los muertos.” *Quoniam quidem per hominem mors, et per hominem resurreccio mortuorum.* He aquí la filosofia católica despidiendo una luz inmensa para que todos reconozcan la universal resurreccion de la carne como una consecuencia infalible de la Resurreccion de Jesucristo.

23. ¿Y cuál será, me preguntaréis, la condicion de los cuerpos cuando hayan resucitado! Mui diferente, hijos míos, segun que se trate de los escogidos ó de los réprobos. Toda carne ha de resucitar, pero con destinos mui diversos y opuestos caractéres: una para gozar, y otra para padecer; una triunfante con Cristo, y otra humillada con los demonios; una con la rica vestidura de gloria, y otra con el tenebroso manto de los abismos; exhalando la una los delicados perfumes de la santidad, y arrojando la otra el aliento corrompido y venenoso de los vicios; animada la una con la bellísima expresion de la felicidad, y sellada la otra con el horrible signo de la desgracia. Será pues ésta una resurreccion imperfecta, ó mas bien, una resurreccion mortal, inmensamente dolorosa, horrible, desgraciada; miéntras la otra será una resurreccion perfecta, consumada, gloriosa, feliz. Esta resurreccion del cuerpo de los justos ostentará el esplendor de su cabeza, que es Cristo, mostrando en ellos todas aquellas maravillas que admiraron los apóstoles en el de su divino Maestro, cuando le vieron ya resucitado y triunfante de la muerte; y este es el segundo efecto de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo. Si ésta se manifestó en las dotes bellísimas de gloria é inmortalidad que ostentaba el Cuerpo del Redentor; los nuestros, resucitados en su gracia y para su gloria, serán un trasunto bello de su carne divina, una semejanza, la mayor que cabe atendida la diferencia de los objetos, del esplendor de su santa Humanidad. Por esto el mismo Apóstol, no satisfecho con enunciar en general la resurreccion de los cuerpos, adelanta su racionio hasta esta última consecuencia. “Esperamos, dice á los romanos y repite á los filipenses, “esperamos á nuestro Salvador y Señor Jesucristo, quien reformará el cuerpo de nuestra humildad, haciéndole semejante al cuerpo de su claridad.”

24. La resurrección espiritual, hijos míos, la mas bella de todas, la mas valiosa y feliz, la que constituye nuestra verdadera trasfelicidad, es el tránsito dichosísimo de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Jesucristo Señor nuestro, apareciendo con su Pasión y muerte como una manifestación de la justicia divina y de su amor por nosotros, pues con aquello pagaba la deuda del pecado, nos renovó de tal suerte á los ojos de Dios, que de enemigos que éramos, pasamos á ser amigos suyos reconciliados con Dios por el Sacrificio del Hijo, como lo explicaba el Apóstol. Medianero entre Dios y la humanidad, renovó con su muerte la alianza primitiva: derramando su sangre, nos lavó con ella de todos nuestros pecados. El fundamento pues y causa esencialísima de nuestra regeneración espiritual es incontestablemente la Pasión y muerte del Redentor. Mas resucitando triunfante y glorioso, ya para nunca mas morir, nos dió con esto una eficaz virtud para resucitar espiritualmente á la vida de su gracia. Estableciendo el Santo Bautismo como un nuevo nacimiento del Espíritu Santo y la agua para la vida eterna, quiso que cada uno de nosotros fuese inundado en este baño de salud, y allí resucitase para la gracia, como él quiso resucitar del sepulcro para la gloria. En el Bautismo pues, amados hijos, es donde cada uno recibe los provechos de la Pasión y muerte de Cristo, se purifica con su Sangre, se renueva en su espíritu y resucita en la gracia y para la gloria. Ved aquí el tercer efecto de la Resurrección del Salvador, el complemento de su grande obra para nosotros, la restauración completa de la humanidad por su muerte y Resurrección: porque si la primera fué por nuestro delito, la segunda fué para nuestra justificación, como lo inculca el Apóstol.

25. Pero no lo he dicho todo: el pecado, que desaparece por la virtud infinita de aquel Sacramento, se queda como en expectativa y en acecho para invadir al hombre, vencerle y hacerle morir otra vez: entonces éste se perdería sin duda para siempre, si Dios, cuya misericordia es incansable, no hubiese desde un principio acudido á tan inmenso mal con un remedio precautorio, estableciendo en su Iglesia, para bien de aquellos que hubiesen perdido la primera gracia cayendo en el pecado despues de su Bautismo, una resurrección moral. Esta, hijos míos, debe ser vista como el cuarto efecto de la Resurrección de Cristo. Su Majestad, que muere tantas veces para nosotros cuantas nosotros morimos para Su Majestad cayendo en el pecado, también resucita para nosotros y en nosotros cuantas veces, aprovechando la gracia que nos previene, volamos á los pies del ministro de la reconciliación, con el dolor del arrepentimiento en el pecho, las lágrimas de la contrición en los ojos, la confusión del pecado en nuestro rostro, á demandar el perdón mediante una confesión sincera. Mas esta conservación de tan dichoso estado exige de parte nuestra una cooperación eficazísima. Mucho tenemos que hacer á nuestra vez, no solo para resucitar verdaderamente con Jesucristo, sino también para resucitar como Jesucristo: porque bien vistas las cosas y según la doctrina de la santa Iglesia y sus Doctores mas esclarecidos, la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo es el modelo de la nuestra. No basta pues adquirir la gracia por medio del Bautismo, ni aun recobrarla por medio de la penitencia; es necesario conservarla con toda solicitud, para no llegarla á perder; es necesario que nuestra vida posterior al momento de nuestra con-

versión sea toda de Jesucristo; una vida de fe sólida, de esperanza bien formada, de ardiente caridad; una vida toda de virtud y toda de espíritu. Si hemos tenido ya la dicha de resucitar verdaderamente de la muerte de la culpa, como Jesucristo Señor nuestro resucitó de la muerte de la pena, menester es que permanezcamos en este nuevo estado y nos manifestemos así á los demás; menester es que nuestra resurrección sea, no solo verdadera, sino también estable y á todas luces manifiesta. ¿Cómo conseguirlo? Convirtiendo en provecho nuestro las circunstancias altamente misteriosas de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

26. ¡Cuánto no nos enseñan, hijos míos, todas estas circunstancias! ¿Por qué motivo, no satisfechos los evangelistas con decir que Cristo resucitó, añaden la palabra *verdaderamente*? Para robustecer nuestra fe con el testimonio de que tal hecho estuvo evidentsísimamente comprobado, y para enseñarnos al mismo tiempo cuál debe ser nuestra solicitud por asegurarnos de la verdad de nuestra conversión y procurar en todo que nuestra nueva vida, nuestras costumbres puras, nuestra conducta cristiana, y nuestra inocencia, santidad, modestia, justicia, humildad, fortaleza, zelo, piedad, y demás virtudes, nos den su testimonio de que estamos realmente convertidos y trasformados.

27. ¿Por qué se nota igualmente que Jesucristo ántes de despuntar la aurora estaba ya resucitado? Para manifestar cuán prontos debemos estar en obedecer los primeros impulsos de la gracia y convertirnos al Señor, y cuántos peligros encierra el dilatar esta correspondencia.

28. ¿Qué provecho debemos sacar de este Jesús, que despues de resucitado, permanece cuarenta días en la tierra, y se muestra frecuentemente á sus discípulos, y les instruye sobre la doctrina del reino celestial, y les autoriza con el magisterio de la palabra, para que la derramen por todo el Universo á fin de salvarle por la fe, y les otorga el sublime poder de abrir ó cerrar el cielo con el de atar y desatar las conciencias! ¡Ah, hijos míos! mucho, mui sabio é infinitamente fecundo se nos enseña en la relación de todas estas circunstancias. Estos cuarenta días que corrieron desde la Resurrección hasta la Ascension de Jesucristo, representan cuál debe ser en la tierra la vida del cristiano, desde que resucita para la gracia por la virtud de Jesucristo hasta que toca el último instante de los que niden su peregrinación en el mundo. Si Jesucristo se manifiesta resucitado; nosotros también debemos manifestarnos á los demás verdaderamente convertidos, para que cuanto nuestro escándalo habia causado de ruina, tanto así reifique y compense nuestra conversión. Si Jesucristo despues de resucitado se ocupa solo y todo en dar gloria á su Padre y santificar á sus discípulos; nosotros, una vez convertidos, no debemos enderezar nuestros pensamientos, palabras y acciones sino á la honra y gloria y de Dios y bien de nuestro prójimo, cumpliendo la divina Lei. Si Jesucristo entonces se muestra tan libre de todas las humillaciones á que quiso someterse durante su vida mortal, que nada en él hai de sombras, nada de tribulaciones, nada de muerte, sino ántes bien, todo es vida, todo hermosura, todo grandeza y todo gloria; esto quiere decir que nosotros, despues de convertidos al Señor, hemos de seguirle, sin declinar á diestra ni á siniestra: porque si la perseverancia es el sello de los escogidos y la gran prueba de la predestinación; la inconstancia en los caminos de Dios, las reca-

das frecuentes y ese perdurable andar entre luz y tinieblas, virtud y vicios; todo esto es un terrible dato en la cuestion de nuestra eternidad. Si Jesucristo, finalmente, no termina esta carrera de los cuarenta dias de vivir en el mundo despues de resucitado, sino para subir al cielo y sentarse á la diestra de su eterno Padre; tal debe ser tambien nuestro pensamiento, deseo continuo y solicitud constante durante el periodo fugitivo de nuestra vida, es decir: el de no salir de ella, sino para subir á reinar con los escogidos en el cielo.

29. Ved pues, amados hijos, cómo no hai circunstancia, por mínima que parezca, en la Resurreccion del Hijo de Dios, que no sea una sublime leccion de alta virtud para gobernar la conducta del hombre, y cómo el resucitar con Cristo y como Cristo es lo mismo que morir enteramente para el mundo, residir con el espíritu en el cielo y vivir con aquel que es la vida misma. Hé aquí un concepto que el apóstol San Pablo recogió maravillosamente con tanta sabiduría como profundidad en estas palabras del tercer capítulo de la Epístola que dirigió á los Colosenses: "Si habéis resucitado con Jesucristo buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado á la diestra de Dios Padre: saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra; porque muertos estáis ya, y vuestra nueva vida está escondida con Cristo en Dios." Meditad, hijos míos, estas palabras, sondead cuanto es dado á nuestra limitada razon el profundísimo sentido que encierran, obrad conforme á esta doctrina, y estad seguros que sin mas trabajo habréis adquirido la gran ciencia de la perfeccion moral y conquistado con la verdadera virtud las palmas de la gloria. El hombre, hijos míos, compuesto de dos sustancias muy diversas, conviene á saber: de un cuerpo animal y de una alma que es toda espíritu, tiene dos vidas, por explicarme de esta suerte; la vida de los sentidos del cuerpo y la vida de los pensamientos del alma: rectificad su pensamiento; someted á este pensamiento sus sentidos; haced que esta concordia subsista, y tendréis al hombre formado, al hombre perfecto, al hombre eminentemente moral: al contrario, suponed que el espíritu está esclavizado por el cuerpo, que la razon está dominada por los sentidos, y entonces veréis que el hombre, aunque naturalmente vivo, porque siente y piensa, está moralmente muerto, porque piensa mal, siente mal y vive mal. ¿Cómo impedir esto último y alcanzar lo primero? Dando un blanco seguro á la accion del pensamiento, sacándole de la tierra, donde todo parece conspirar á extravíarle, fijando aun los sentidos en el cielo, donde está la luz, la gracia y la felicidad; en suma, buscando y gustando únicamente las cosas que están arriba: porque arriba está la Luz del mundo, sin la cual éste no sería mas que tinieblas; arriba está la Verdad eterna, sin la cual el mundo no sería mas que un teatro de errores; arriba está la vida, fuera de la cual todo es muerte.

30. ¡Ea pues, amados hijos! Resucitad verdaderamente con Cristo saliendo del pecado; resucitad como Cristo viviendo siempre en su gracia, muriendo para el mundo, poniendo vuestro pensamiento y gusto, no en la tierra, donde todo perece, sino únicamente en el Cielo, donde todo vive, vive para la felicidad y vive por siempre.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

TRIGESIMASEGUNDA INSTRUCCION.

SOBRE LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO A LOS CIELOS.

Qui descendit, ipse est et qui ascendit super omnes caelos, ut implet omnia.

El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos, para dar cumplimiento á todas las cosas.

Ephes. Cap. IV, v. 10.

1. **A**UNQUE la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, amados hijos, ofrece á la vista de nuestra fé al Divino Mesías en estado muy diverso de aquel con que se manifestó constantemente durante su vida mortal; aunque desde que sale del sepulcro aparece revestido con las dotes de su propia gloria, y no cual ántes pobre, desvalido, paciente, perseguido y hecho el oprobio de los hombres; aunque refleja de su cuerpo mismo la luz de los cielos y penetra sutil por las puertas del Cenáculo estando cerradas, como habia salido del sepulcro sin levantar la losa, y en todo se ostenta como el Soberano triunfador de la muerte; no por esto acaba en su Resurreccion la historia de su vida, ni á ella se reduce la manifestacion de su gloria en la tierra. Quédanos todavía que seguirle algunos momentos, verle bendecir á sus discípulos, y en ellos á cuantos hablamos de creer en su Nombre, levantarse de la tierra, hender los espacios con su majestuosa marcha y sustraerse á los sentidos del cuerpo, penetrando en las moradas del Cielo.

2. La Ascension de Jesucristo Señor nuestro es el hecho magnifico y glorioso que cierra la historia de su vida en el tiempo, lo que tenia reservado en sus designios para ostentar divinamente su poder, dar al mundo un reflejo de su Majestad, lucir sobre su frente la corona de sus merecimientos infinitos y adelantarse á sus escogidos en cuanto